

LIBRO VIII

UNA NOCHE SIN FIN



Capítulo I

La venta de Marcos Colmillo

AQUELLA misma noche en que la candorosa é inocente hija de García del Pilar fué robada por Delgadillo ó sus agentes, de concierto con el vengativo Hernán López, hallábanse reunidos en una casa, sita en el camino de Tezcoco, que fué precisamente el que tomaron los raptores de María de Mendoza, dos hombres para nosotros desconocidos hasta este momento, y de los cuales la historia de aquellos días hace singular mención por la parte muy principal que tomaron, bien que haciendo el triste papel de víctimas, en los sucesos de que á nuestra vez vamos extensamente á ocuparnos.

Ambos dos desconocidos conversaban animadamente y sin duda largo rato hacia, porque no se beben en un dos por tres diez jarros de vino, y en el instante en que á sorprenderlos vamos, uno de ellos decía en altas voces,

y dando fuertes golpes en la mesa á los lados de la cual hallábanse sentados.

—¡Trae otro jarro, Márcos Colmillo, y será el undécimo!

Juan Colmillo era el dueño de aquella especie de hostería, medio perdida entre un grupo de hermosísimos árboles, y no se hizo repetir la orden: antes bien la obedeció *por duplicado*, pues no uno, sino dos, fueron los jarros de vino que sirvió á sus parroquianos, diciendo al ponerlos sobre la mesa:

—¡Cuernos de Lucifer! sois la honra de los bebedores que visitan mi hostería!

Son pasadas las tres de la madrugada; lleváis despachada una docena de jarros, y ni el sueño ni el vino han logrado tumaros.

—¡Mala peste sobre tí!—contestó el que el undécimo jarro había pedido,—eso lo único que prueba es que tu vino es lo más detestable que las cepas de España han producido, ó que te se ha pasado la mano al bautizarle, y pura agua nos has servido.

Marcos Colmillo salió de la pieza sin dar otra contestación que una sostenida y estruendosa carcajada.

Y cuando nuestros dos hombres viéronse de nuevo solos, uno dijo al otro:

—Cuidado, García de Llerena, no bebáis más sino queréis concluir borracho.

—En verdad os digo, Cristóbal de Angulo, que ni chispa entendéis de vinos ni de conocer á los hombres, si de veras creéis que este malditísimo brebaje que nos sirve Marcos Colmillo puede tener la pretensión de subírseme á la cabeza.

¡No, por Lucifer! jamás he llegado á los labios cosa

peor que esta, y os juro que si por distraer mi aburrimiento no fuese, maldito de mí si ni un solo vaso hubiere de esto bebido.

—La verdad es que en cuanto á aburrimiento, no va en zaga el mío al vuestro.

Colmillo dice que son pasadas las tres de la mañana, y si así es, casi juzgo inútil que sigamos esperando.

—¡Eso no, vive Cristo! de pasar habrá por aquí, tan seguro estoy de ello como de que hay Dios.

—Sin embargo, si os hubiesen engañado...

—No hay tal engaño: repito que yo mismo le vi montar á caballo y salir de su casa.

—¿Y estáis seguro de que él era?

—¡Vive Cristo! ¿hay acaso quién no conozca á ese maldito perro de Diego Delgadillo, así se disfrace de padre franciscano?

Os juro que era él, el mismísimo Delgadillo en persona.

—Ya, ¿pero habrá ido en efecto á Tezcoco?

—Segurísimo estoy de ello.

—Entonces, ¿por qué no vuelve?

—Eso sí que no lo sé; pero de que ha de volver, no os quepa duda: lo sé por el mismo Hernán López.

—Pero si Hernán López os hubiese engañado...

—No lo creáis, por diverso motivo que nosotros, tanto como nosotros aborrece á Delgadillo y desea verle muerto.

Parece, á lo que he podido saber, que Delgadillo le enamora á la misma mujer que López ama, y con esto basta para que le odie.

Ahora bien, sabe que nosotros andamos buscando una buena ocasión para quitar de enmedio á Delgadillo, y

es claro que no había de engañarnos, cuando por cuenta ajena puede librarse de un odioso rival.

—Eso puede ser muy bien.

—Claro que lo es, y ojalá podamos esta noche servirle, sirviéndonos á nosotros mismos y á nuestra causa.

—Ojalá, aunque ya lo he dicho y lo repito: no es conveniente que demos muerte á Delgadillo: bastará con que nos apoderemos de él, y bien atado y asegurado le conduzcamos á un punto donde podamos embarcarlo para España.

—Veo, Cristóbal de Angulo, que sois más bueno que el pan, y que nada entendéis de lo que son las fieras, ni de cómo debe tratárselas.

¡Facilillo sería lo que pretendéis!

Con cinco minutos que de vida le dejemos, Delgadillo tendrá de sobra para quitarnos las nuestras.

¡No por Cristo!

Todavía tengo en las espaldas las señales de los golpes que con su vara me dió, sin más motivo que el del enojo que le causó el que siendo yo criado de D. Hernando Cortés, hubiérame defendido en la inicua residencia á que sujetaron al más grande héroe que nuestra patria ha producido.

¡Ah! ¡canalla Delgadillo! ¡no quedará por mi culpa, si no te hago pagar caros aquellos golpes.

—Después de todo, si de eso queréis vengaros, cuerdamente obraríais en esperar la vuelta de D. Hernando.

—No haré tal, por vida mía; si tal hiciese D. Hernando, sería el primero en salir á su defensa.

No conocéis vos á D. Hernando: jamás ha gustado de venganzas personales.

Reprobaría la que tomar quiero, y por tal de no dar motivo á suponer que yo obrase por cuenta suya, capaz sería de meterme en la cárcel, y á juicio someterme.

—Sin embargo...

—¿Qué apostamos?—dijo García de Llerena sin dejar proseguir á Cristóbal de Angulo;—¿qué apostamos á que ya os estáis arrepintiendo de haberos concertado conmigo para jugarle una mala pasada á Delgadillo?

—Pues no apostéis, porque perderíais la apuesta.

No: ni estoy ni puedo estar arrepentido.

Clérigo de corona soy, es decir, simplemente tonsurado, pero amo á mi religión, y el prestigio del sacerdote católico como si el mismo Santo Padre fuese.

Sabéis la historia de mi vida, y sabéis por lo tanto, que el más grande y sincero arrepentimiento es lo que me ha conducido á solicitar el bien inmenso de ingresar en el sacerdocio.

Antes de pretenderlo fui, no lo niego, un bribón que nada respetó, ni ante nada se detuvo.

Pocos serán los delitos de los cuales no pueda acusarme, y entre ellos están los de haber matado á traición á dos hombres que en nada habíanme ofendido.

Nada, pues, me asusta, y la vista de la sangre no puede desmayarme.

Así pues, llegado el caso, haría lo que hacer pudiera cualquier hombre.

Pero quiero no hacerlo, quiero hacerme digno de ser algún día un buen sacerdote, y á contraer méritos para ello tienden todos mis esfuerzos.

Guardo, sobre todo, veneración inmensa por nuestro santo y venerable pastor D. Fray Juan de Zumárraga, y ciego me tiene la cólera con que veo que Delgadillo y

sus secuaces no pierden ocasión de vejarle, herirle y maltratarle.

Quiero impedirlo, y por eso estoy aquí.

Y estoy aquí fugado de la reclusión en que el santo obispo-electo me ha puesto, sabedor de mi odio contra Delgadillo, y temeroso de que cometa un nuevo crimen.

Ya véis que, pues tal hago, ciego estoy también, y como vos aborrezco, y como vos busco venganza.

No apostéis, pues, por mi arrepentimiento, porque perderíais (1): estoy dispuesto á ir tan adelante como sea necesario para libertar á mi prelado y á la Iglesia de su inicuo perseguidor.

Ahora bien, ¿estáis seguro de que á Tezcoco ha ido, de que de Tezcoco ha de volver esta noche, y de que por aquí ha de pasar?

Si lo estáis, aquí permaneceré, con vos le esperaré y como vos haré cuanto necesario sea.

Sé que obro mal.

El Sr. Zumárraga así mil veces me lo ha dicho, demostrándome que ningún derecho tengo para pretender vengar injurias que él cristianamente perdona, y de las

(1) «Cristóbal de Angulo, *clérigo de corona*, es decir, simplemente tonsurado, se había retraído del convento de San Francisco, y estaba allí por orden del Sr. Zumárraga, que conocía de su causa como juez eclesiástico. Cuales eran realmente los delitos de aquel hombre, no es fácil averiguarlo, porque las relaciones del suceso están escritas con tal pasión, que mientras unos dicen que aunque le prendiesen en la plaza, se librara si le quisieran oír en juicio, porque sus delitos eran ya viejos, y estaba ya libre de ellos, otros afirman que había matado dos hombres y casi tres á traición. También se le acusaba de haber tomado parte en una conjuración encaminada á quitar la vida á los oidores, lo lo cual no pasaba de una *parlería*, pero podemos creer que existía delito antiguo ó reciente, porque de otra suerte, él no se habría acogido á sagrado, ni el Sr. Zumárraga le procesara, ni los oidores que, aunque perversos, al fin eran letrados, hubieran llegado hasta quitarle la vida, sin alguna causa, siquiera no fuese bastante para ello.—D. Joaquín García Icazbalceta.—*Loc. cit.*

cuales se ha quejado ya al Rey, que es en esta tierra el supremo juez de los oidores.

De ello he querido convencerme, y en mi convencimiento he hecho creer al santo prelado que arrepentido me supone de mis perversas intenciones.

Pero vos me habéis llamado para participarme vuestros proyectos, y en contacto con el vuestro mi odio ha revivido, y como vos sólo deseo tener al alcance de mi mano á Delgadillo, para en él vengar á la Iglesia, aun á costa de mi salvación.

Creo haber sido con vos tan explícito como podíais haberlo deseado.

Capítulo II

¡El es!

Cristóbal de Angulo dejó fuertemente impresionado á García de Llerena, más que por el fondo de lo que dichole habia, por el tono amargo y conciso que á sus palabras dió:

—Después de todo,—repuso Llerena,—puede que ten-gáis razón, Cristóbal.

Casi me aflijo de haberos inducido á venir aquí, y de haber despertado en vuestro pecho los ya adormecidos rencores.

Tenéis razon: somos pequeños, muy pequeños para luchar y combatir con tan grandes y desalmados criminales.

Y sin embargo, os juro por Dios, que, más que mi odio, inspira todos mis actos el deseo de libertar á estos reinos de la absurda y opresora dominación de estos perversos oidores.

Quisiera tener en mis manos todas las voluntades de nuestros compatriotas aquí residentes, para alzarlas contra la Audiencia en potente rebelión y triunfar y castigarla.

Y me desespera, y me violenta, y me induce á todo, aun al crimen, la ira con que contemplo la inercia de los oprimidos para rechazar á sus opresores.

Aquí sólo vosotros los frailes y clérigos no os dejáis dominar por los oidores, y sólo vosotros oponéis enérgica resistencia á sus abusos y sus excesos.

Pero combatis sin más armas que las espirituales, y esa clase de armas sólo son eficaces contra los creyentes: los impíos, los sacrílegos, como lo son cuantos hoy imperan, no temen esas armas, y escarnio hacen de las batallas que les libráis.

Ya lo estáis viendo: hasta las órdenes del rey desobedecen, so pretexto de que su cumplimiento perjudicaría á los mismos intereses reales y á la paz y conservación de estos reinos: para hacer tal, se prevalen de que el rey está en España, y España lejos: ¿cómo han de temer á Dios, si aun más lejos está el cielo?

A esta gente sólo puede vencérsele, ó á traición, ó aplastándola con la pesadumbre de un gran hombre como D. Hernando.

¿Pero quién nos asegura que D. Hernando vendrá con poder bastante para ello?

—¡Oh! eso no lo dudéis, Llerena.

D. Hernando debe haber persuadido al emperador de que sólo él puede gobernar estos dilatados reinos, que él supo someter á la corona de Castilla.

—¡Ah! Cristóbal de Angulo, cuán poco conocéis á los hombres!

Carlos V lo es también y aun en medio de su grandeza se siente envidioso de la grandeza ajena.

El emperador, reducido como el mundo entero por las exageradas descripciones que de estos países se le han hecho, teme que si alguien llegase á dominar en ellos, ese alguien pueda algún día rivalizar con él en esplendor y poderío, y como en la conquista de estas tierras ha visto tesoro y arca abierta de donde atraer recursos para las dispendiosas guerras con que está engrandeciendo y arruinando á España, no quiere que nadie llegue á de tales ventajas privarle, y no pudiendo personalmente dominar, no quiere que nadie que, tan fuerte como él sea, pueda dominar aquí.

—Sin embargo,—observó Cristóbal de Angulo,—todas las noticias que se tienen concuerdan en que el emperador ha colmado de mercedes á D. Hernando.

Así es, pero todas esas mercedes han tendido á un solo fin; al de consolar á D. Hernando de la injusticia que con él se comete no concediéndole el absoluto gobierno de esta tierra, por él conquistada, y por su genio nacida de la ignorancia en que de su existencia estuvo el mundo.

—Os ciega la pasión, García de Llerena; pues, á lo que entiendo, nombrado le tiene S. M. gobernador y capitán general.

—Capitán general sí; pero gobernador sólo debe serlo de las islas que en el mar del Sur descubra.

Pero la del reino de México se le negó, porque no creyere que se le debía; á esta repulsa indujo al emperador el ejemplo de sus augustos abuelos, los Reyes Católicos, que ni á Colon que descubrió la América, ni al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, que sujetó á Nápoles, otorgaron semejante gracia.

Allá el emperador se las avenga con los detractores de D. Hernando, si algún día este reino llega á estar en peligro de perderse por culpa de malos gobernantes.

En lo demás sólo ha hecho corresponder al favor de quien le ha dado en estos reinos tantas y tan dilatadas provincias, que en cualquiera de ellas podría perderse como una arena en el mar toda la península española.

En 6 de Julio de 1529, se le concedió en Barcelona, á donde Cortés acompañó al emperador que pasaba á Italia á recibir la corona imperial, título de Marqués del Valle de Oaxaca, con el señorío de veintidos villas y ventitres mil vasallos que él prefirió á todo el reino de Michoacán, que también se le dió á elegir.

También se le han dado las tierras de Tlaxpana y los dos peñoles de *Xico* y *Tepepulco*, en que hay gran caza de venados y conejos.

No menos bien le ha distinguido nuestro Santo Padre, el Sr. D. Clemente Séptimo, concediéndole el patronato perpétuo del Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, grandiosa fábrica que aun está en parte en construcción, así como el de cuantas iglesias y hospitales su piedad le dicte levantar, y de gracias espirituales ha llenado estos establecimientos.

Por otra bula, el Santo Pontífice ha legitimado á los hijos naturales de D. Hernando, y también mandó celebrar solemnes acciones de gracias al Todo Poderoso por los triunfos que el conquistador lleva obtenidos y han hecho ingresar al seno del catolicismo tan extensos y dilatados países.

También sabemos sus criados y amigos, que el emperador ha escuchado y atendido las quejas de D. Hernando contra sus enemigos, y en especial, el tesorero Estrada,

quien habrá de ser reducido á prisión y enviado ignominiosamente á la córte.

La misma torpeza de sus detractores ha sido parte principal para que el rey se haya convencido del amor y fidelidad de D. Hernando, quien ya goza de la confianza del soberano y ha triunfado de sus enemigos, haciendo recaer sobre ellos la pena y vergüenza á que por sus calumnias hicieron acreedores.

A más, D. Hernando ha emparentado con los ilustres condes de Aguilar, pues el que hoy lo es y por nombre tiene el de D. Carlos Ramírez de Arellano, le otorgó la mano de su hija D.^a Juana de Zúñiga, sobrina de D. Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar. Esta joven y bella señora es ya esposa de D. Hernando, sin que fuera bastante á impedirlo la infame é infundada calumnia que Juan de Juárez intentó arrojar sobre el conquistador, acusándole de haber quitado la vida en una noche de festín en Coyoacán á su primera mujer, hermana del acusador.

Pero ¡ay! que á lo que sabemos esta boda y alianza ilustre ha enemistado á D. Hernando con el terrible y pudiente comendador D. Francisco de los Cobos, cuya mujer había querido casar con una su hermana al conquistador, y la emperatriz le ha retirado en gran parte su favor, sentida porque á la esposa y no á ella regaló las tres famosas esmeraldas que, como muestra de ingenio de los artifices mexicanos llevó en su viaje á la córte.

Ambas enemistades quizás más adelante habrán de darnos que sentir.

Por hoy cuenta, y loado sea Dios por ello, con todo el favor del rey, quien escribirá ó ya escribió á la Audiencia que tenga buena correspondencia con el Marqués, como sujeto que es de su estimación.

Hácela demostrado bien atendiéndole y decretando según su parecer en todo lo referente á estos reinos y su gobernación.

Para el obispo Fray Juan de Zumárraga ha alcanzado se le paguen los diezmos de que privado le tienen la codicia y la inquina de los oidores, y para los padres franciscanos gruesas limosnas para la fábrica de su convento.

Por su intercesión serán devueltos á los conquistadores los repartimientos de que privados han sido, y nadie en adelante podrá ser osado de volver á quitárselos.

Los tlaxcaltecas y cempoaltecas, buenos aliados de los españoles, serán exentos de toda especie de tributo: los encomenderos no podrán alquilar los indios de sus repartimientos: nadie podrá hacer entradas en pueblos de naturales, ni maltratar á éstos, ni tratarlos como esclavos, ni cargarlos como brutos, y al electo obispo de México y demás protectores de los indios se ha encomendado la vigilancia del cumplimiento de estas leyes.

También ha obtenido el que en México se funde un convento de monjas franciscanas, y un colegio de niñas nobles, bajo la dirección de beatas que vendrán con la Marquesa y con la madre de D. Hernando, virtuosa y anciana señora á quien Dios ha querido conceder que viviera lo bastante para ver y recrearse en la grandeza de su hijo.

Todo esto sabemos y mucho más habremos de saber en cuanto D. Hernando llegue, pues á lo que entiendo ya el emperador le dió á besar sus manos y otorgó licencia para ponerse en camino: y no obstante, que todo esto sé, no se me quita de encima el presentimiento de que aun nos queda mucho que padecer.

Por eso mi alma se inflama de rencor y de ira contra

la actual Audiencia, que si á saber llega que otra ha sido nombrada en su lugar, no perdonará medio para concluir con cuantos en su día seremos acusadores de sus crímenes y nefandos delitos.

Por eso mi mano se arma de mortífero puñal; por eso matarlos quiero antes que D. Hernando llegue, pues bien podrá suceder que si los nuevos oidores nombrados fueren tan mal elegidos como sus predecesores, así como éstos favorecieron á los impíos Salazar y Chirinos, y de su justa ruina de nuevo al poder los alzaron, así los que ahora lleguen levantarán á los más crueles é indignos Matienzo y Delgadillo.

Pensad, pues, Cristóbal de Angulo, como mejor os dicte la conciencia; pero por mi cuenta pienso que contra fieras de su naturaleza todo medio de destruirlos es lícito, aun el asesinato y traición.

García de Llerena dejó de hablar y una vez más tomó un vaso lleno hasta el borde de espeso vino; pero al ir á llegarle á sus labios, de nuevo le puso en la mesa sin beberlo, sorprendido y alarmado con el ruido del galope, no de uno, sino de varios caballos que á la venta de Marcos Colmillo al parecer se dirijian.

—¡El es, sin duda!—dijo García de Llerena desenvainando á la vez su espada y su puñal y tomando cada una de estas dos armas en cada una de sus manos.

Capítulo III

El oidor y su agente

MARCOS Colmillo abrió la puerta de la sala en que animadamente departian García de Llerena y Cristóbal de Angulo y dijo dirigiéndose al primero:

—Creo que por esta noche perdisteis el golpe.

—Cómo, ¿no es él?

—No lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Los jinetes cuyo galopar escucháis, no vienen de Tezcoco sino de México.

—Malditos sean ellos una y mil veces: su presencia en tu venta vá á estorbar nuestros proyectos.

—Por eso venía á consultaros.

—¿Qué cosa?

—Si queréis ó no queréis que los reciba.

—¡Ira de Dios! eso no se pregunta: si piden hospedaje contéstales que no hay lugar.

—Ya en ello estoy; pero es el caso que si tal hago perdí la buena paga que podría exigirles.

—No lo temas: yo pagaré por ellos.

—En ese caso no hay más que hablar: corro á la puerta porque ya están cerca.

—Vé con mil diablos; y ya lo sabes: no hay posada para nadie.

Marcos Colmillo salió de la habitación.

—¿Tenéis mucha confianza en este hombre?—preguntó Cristóbal de Angulo á Llerena, que le respondió:

—Mucha, á D. Hernando debe la vida.

Fué de los que vinieron con Pánfilo de Narvaez y uno de los pocos que se resistieron á pasarse á D. Hernando.

Quiso hacer uso de sus armas en defensa de su capitán, y los nuestros cargaron con tal ira sobre él que habríanle muerto si el conquistador no toma su defensa y amparo.

Entonces fué cuando perdió el brazo que le falta.

En un tris estuvo que no se le llevasen todos los diablos, pero D. Hernando cuidó de él como de cosa suya, y por fin logró volver á la vida que casi tuvo perdida durante muchos días.

Jugador incorregible, cien veces ha hecho su fortuna y otras cien la ha perdido.

Dos años hace vive retirado en esta casa, que él ha transformado en venta y hospedería, y de ella saca para lo necesario para no morir de hambre.

Quiere bien á D. Hernando, y por consiguiente á todos los que somos sus criados.

Nada, pues, temáis de él.

Concluía Llerena de decir lo anterior cuando él y Angulo notaron que Marcos Colmillo descorrió los cerrojos

del portón del zaguán y que en el patio de la venta entraban hasta tres jinetes según pudieron calcular, pues no los veían.

—¡Mil rayos! Marcos Colmillo no ha cumplido su promesa.

—¿Lo veis?—repuso Angulo:—no sé por qué ese hombre no me inspiraba confianza alguna.

Como si Colmillo hubiese querido responder á las dudas de sus huéspedes, al pasar frente á la puerta de la habitación por ellos ocupada dijo en voz alta á la persona que con él estaba:

—Sólo vos, señor Delgadillo, podéis haberme hecho abrir la venta.

—¡Ah!—exclamó Llerena,—es él, esperemos.

Colmillo no tardó mucho en volver á entrar.

—¿Es él?—preguntó Llerena.

—¿Lo dudáis cuando le he dado hospedaje?

—Tienes razón, Marcos, pero perdóname la duda, y déjame salir.

—¡Eh! cuidado con lo que vais á hacer: no viene solo.

—¿Quién le acompaña?

—Dos mozos como dos robles.

—¿Quienes son ellos?

—No los conozco.

—¿Señores principales?

—No lo parecen y además...

—¿Además qué?

—Que hay una cuarta persona.

—¡Concluye con mil diablos! ¿quién es esa cuarta persona?

—Una mujer.

—¡Una mujer!

—Sí: una víctima sin duda de ese Delgadillo: tráenla desmayada y de tal modo cubierta que no he podido averiguar siquiera si es joven ó vieja.

—¡Vive Cristo! es sin duda la hermana de los Ponce de León, la amada de Hernán López...

—No, no debe serlo.

—¿Por qué?

—Porque como antes os dije los jinetes traían el camino de México, y en que de allí viénes me ha confirmado Delgadillo.

Las últimas sílabas del nombre del oidor pronunciadas por Colmillo casi no se oyeron, pues las opacó un desesperado grito de mujer que pedía favor.

—¡Ea!—exclamó Llerena que aun mantenía en su mano su espada y su puñal,—corramos allá con pretexto de auxiliar á la dama que favor pide.

Cuando Llerena, Angulo y Marcos Colmillo llegaron frente á la habitación de donde salían las voces de *socorro*, encontraron guardando la puerta á los dos mocetones de que Marcos había hablado.

La lucha fué breve y terminó costándoles á uno y á otro la vida que les quitó, diestro en herir, García de Llerena.

—¡Traición! ¡traición!—fueron los últimos gritos que uno de ellos lanzó al caer.

Cuando Colmillo y sus huéspedes lograron desquiciar la puerta, Delgadillo no estaba ya en la habitación.

Sola en medio de ella habia quedado la joven y hermosa hija de García del Pilar, que echándose á los pies de sus salvadores, dijo:

—Gracias, caballeros, gracias, ¡me habéis salvado el honor! ¡El infame ha huido por ahí! por esa ventana.

Llerena corrió á saltar por el hueco de ella, pero al apoyar sus manos en el alfeizar un pistoletazo disparado desde afuera le obligó á retroceder á tiempo que con enconosa voz díjoles el oidor.

—¡Ah! ¡canallas! sé quienes sois: Llerena, Angulo, pronto me la pagaréis!

Nadie pudo seguirle.

Colmillo habia acudido en socorro de Llerena mal herido en el cuello, y Angulo sostenía en sus brazos á la joven, presa de una violenta convulsión producida por el terror.

Mucho antes antes de que esto aconteciera, esto es, instantes después de haber verificado el rapto de María los agentes de Delgadillo, Hernán López se alzó del suelo como queda dicho en otro lugar, y entrando en el nido por la paloma abandonado, llegó á la recámara en que Marta dormía narcotizada, hizola respirar del contenido de un pomo que á su ser habia de volverla y con presteza y precaución se retiró de la casa cerrando tras sí la puerta del zaguán.

En aquella noche todos nuestros personajes se seguían unos á los otros, girando casi en un mismo círculo, llegando siempre más tarde de lo que á unos convenía, ó en el punto y momento para los otros más favorable y propicio.

Esto que muchas personas creen inverosímil invención de narradores y novelistas, es lo que aconteció en la verídica historia que vamos narrando.

Cuando García del Pilar, guiado, por un tenaz presentimiento de una próxima desgracia, enderezó de nuevo sus pasos hacia la calle de las Atarazanas en solicitud de su hija María, un cuarto de hora hacia que Hernán López no se encontraba allí ya.

Cual no sería la explosión de su cólera al enterarse de que su adorada María había desaparecido.

No sabemos ni cómo dejó con vida á la desventurada Marta.

Rápido como una centella, empleó un tiempo casi increíble por lo breve en ponerse en casa de Hernán López.

Hizose abrir la casa entera, la registró hasta en sus últimos rincones, y Hernán López no pareció.

Con rapidez sin igual púsose en la morada de Diego Delgadillo y tampoco á éste encontró.

García del Pilar temió no sabemos qué, pero recordando que á Hernán López había visto saliendo de hablar con el oidor, sospechó la existencia de alguna sombría trama, y dispuesto á todo, aun cuando aquel todo hubiera de causarle su eterna perdición, echó garra al pescuezo del ayuda de cámara de Delgadillo y apoyando en su garganta la aguda hoja de su puñal:

—¡Habla, vive Cristo!—dijo,—pronto, ¿dónde está tu amo ó por la salvación de mi alma que no serás tú quien le vea volver.

El ayuda de cámara poco ó nada sabía, y García del Pilar sólo averiguó que el oidor había salido con dos de sus hombres de confianza, de quienes se separó á la misma puerta del zaguán, citándose con ellos á la entrada del camino de Tezcoco.

Pilar soltó á su víctima, puso en sus manos un bolsi-

llo de seda con buena porción de monedas; se hizo enjazar uno de los caballos del oidor, y lanzándole en vertiginoso galope tomó el camino de Tezcoco.

Ya muy avanzado en él, Pilar oyó una voz que le gritaba:

—¡Eh! buen hombre, caballero, ó lo que seáis, cien pesos de oro por vuestro caballo!

—¡Delgadillo! ¡sois vos!—exclamó Pilar deteniéndose á duras penas su caballo que piafaba de dolor, pues su jinete teniale hundidos los acicates hasta los talones.

—¡Cuerpo de Crispo! ¿eres tú, Pilar?

—¡Yo mismo sí, vive Dios! ¿pero vos que hacéis aquí solo, y á pié?

—¿Que me decís? Los Ponce acaso...

—¡Qué Ponce ni qué diablos! No son los Ponce quienes á este trance me han traído sino los partidarios del maldecido *electo*.

—¡Del *electo*! ¿pero cómo han dado con vos?

—¡Qué sé yo? pero por Dios vivo que me han puesto á dos dedos del sepulcro y que no sé ni cómo lo cuento.

—Pues bien, Delgadillo, yo sé lo que vos ignoráis.

—No te entiendo, Pilar.

—Conozco el autor del atentado contra vos cometido.

—¡Explicate con mil de á caballo! ¿quién es él?

—Hernán López,—contestó Pilar resueltamente.

—¡Diablo!—exclamó Delgadillo más que por la noticia que Pilar le daba, porque vió confirmada su sospecha de sí el agente de sus maldades habiale salido al encuentro, no otro interés le guiaba sino el de salir en de-

fensa de la joven que el oidor suponía por informes de Hernán López, la amante ó la amada de Pilar.

—Lo repito,—continuó diciendo Pilar,—Hernán López os ha seducido, señor, á cometer conmigo una villana acción.

—¡Cuidado con lo que dices!—observó Delgadillo ofendido con el tono más que con las palabras del desventurado Pilar.

—Lo sé todo, señor,—replicó aquél con entereza; pero cambiando de súbito prosiguió con las mayores emoción y humildad,—mas no dirijo mis cargos contra vos, á quien sin duda ese miserable ha engañado.

No; lejos de ser mi intención la de ofenderos é irritaros, sólo deseo que os intereséis por mí, y de mí os compadezcáis.

Delgadillo, no queráis ser para vuestro infeliz criado la mano de Dios que castigue las culpas que en serviros he cometido.

¡Esa joven, señor, es mi hija!

Delgadillo contestó esta exclamación con una ruidosa carcajada.

—¡Ah! bribón,—añadió, quieres burlarte de mí?

—Os juro...

—No hagas tal, entre nosotros los juramentos carecen de fuerza.

Con que tu hija ¿eh?

Bueno, bueno, ya hablaremos de eso mañana: por esta noche no me entretengas más; dáme tu caballo, que si no me engaña la oscuridad, es mio y no tuyo, y, lo repito, mañana hablaremos.

Diciendo esto Delgadillo saltó sobre el caballo y tal fué el dolor que le produjo al clavar sus acicates en las

heridas que habiale abierto Pilar, que instantáneamente partió desbocado, derribando al salir á García del Pilar, quien inútilmente quiso detenerle por las bridas rotas entre sus manos por el violento impulso del maltratado animal.

Capítulo IV

¡Pobre María!

No fué mucho el espacio de tiempo durante el cual la inocente María de Mendoza pudo creerse libre y salva de todo peligro.

Apenas hubo respondido á las primeras preguntas que sus salvadores le dirigieron, el hostelero Colmillo, que conocía el segundo falso nombre de García del Pilar, exclamó con feroz alegría.

—¡Vive Cristo! ¡hermosa niña! que nos vais á pagar con usura el servicio que os hemos hecho salvándoos de las garras de ese estúpido de Delgadillo.

—Sólo deseo una ocasión de poder recompensaros debidamente,—contestó María sin comprender el sarcasmo de las palabras del hostelero.

—Pues yo os juro que esa ocasión ha llegado.

—Decidme qué puedo hacer por vosotros, y á mi vez os prometo contentar todos vuestros deseos.

¿Ambicionáis oro, alhajas, riquezas?

Todo eso puedo daros.

Mi padre, D. Felipe de Mendoza, es rico, muy rico, y segura estoy de que os dará cuanto posee por el bien que le habéis hecho, salvando la vida y el honor de su hija.

¡Oh! llevadme, llevadme á su lado y veréis como mi padre os cumple lo que yo os he prometido.

Vamos ya, amigos míos.

No sé por qué me infunden pavor esta noche y esta casa, y á pesar de que en ella me habéis salvado quiero salir de ella.

El corazón me anuncia un nuevo mal.

Quizá el oidor no tarde en volver acompañado de soldados, y si tal sucede vosotros no podréis hacerle frente quizá, os darán muerte cruel y yo, privada de vuestra defensa, volveré á caer en sus manos.

Pronto, pronto, huyamos de aquí.

Llevemos con nosotros á ese infeliz caballero á quien llamáis García de Llerena, y que tan mal hirió Delgadillo, y mi padre le cederá su propio lecho y yo misma curaré su herida, pues por defenderme la recibí.

—¡Ah! ¡desgraciados de nosotros!—exclamó Cristóbal de Angulo, que sin tomar parte alguna en la conversación prodigaba sus atenciones á Llerena,—nuestro bueno y valeroso amigo está mortalmente herido y, ó poco entiendo de heridas, ó sólo por un milagro de Dios verá amanecer el día de mañana.

—¿Qué es lo que decís Angulo?—preguntó el hostelero acercándose al grupo del herido y Cristóbal.

—Digo que García de Llerena se muere y es necesario vengarle.

—¡Oh! ¡de eso yo os respondo!—replicó Colmillo ferrozmente y mostrándole á la joven añadió:

—Angulo, ¿veis esa mujer?

—Sí, pero qué tiene que ver...

—¿Qué tiene que ver con nuestra venganza?

Voy á deciroslo.

Esta mujer va á entregarnos al cruel García del Pilar, y por ella García del Pilar va á darnos la vida de Delgadillo.

—¡Dios mío!—exclamó la joven aterrada,—¡qué escucho!

¿Seréis capaces de entregarme á ese odioso y aborrecido García del Pilar?

Acaso sabéis que ese hombre me pretende y quiere hacerme su esposa?

Colmillo acogió estas palabras con una carcajada que heló la sangre de María y contestó:

—¡Oh! no temáis que eso suceda, García del Pilar no puede casarse con vos.

—¡Ah! ¿cómo lo sabéis?—preguntó la joven sonriendo con satisfacción, aun en medio de su terror.

—¿Queréis que os lo diga, niña?

—¡Oh! ¿podéis dudarle cuando os he dicho que le odio y le aborrezco?

Colmillo volvió á reir y dirigiéndose no á María sino á Angulo, dijo:

—Cristóbal, esta joven que aqui véis es la hija de García del Pilar, quien usa, por un resto de pudor, en todas sus empresas amorosas el falso nombre de Felipe de Mendoza.

—¡Dios mío!—exclamó la infeliz María,—sin duda os engaáis, es imposible que eso sea verdad: ese hombre

á quien me han enseñado á odiar, no es, no puede ser mi padre.

—Pues niña mía,—replicó el implacable hostelero,—ved de ir cambiando de opinión respecto á él, porque es tan seguro que Felipe de Mendoza es el mismísimo García del Pilar como segura y firme es mi resolución de no permitir os escapar de nuestras manos hasta tanto que vuestro padre se haya comprometido á ser para nosotros tan amigo y partidario como enemigo lo ha sido hasta hoy.

—¡Oh! Dios mío, no me asustéis, señor, con el tono duro de vuestras palabras y con las amenazadoras miradas de vuestros ojos.

No sé por qué no puedo dudar de lo que decís.

Sí, casi creo que Felipe de Mendoza puede ser como me aseguráis la misma persona que García del Pilar.

Pero aunque así sea cierto por desgracia, ¿por qué me amenazáis á mí?

¿Qué mal os he hecho jamás?

Si ese Pilar es vuestro enemigo, si de él queréis vengar ofensas que os ha hecho, ¿por qué hacerme á mí partícipe de su responsabilidad?

Tened piedad de mí, os lo ruego.

¡Tengo miedo sí, mucho miedo!

No me matéis después de haber sido mis salvadores. Bastante desgraciada soy ya con la duda que habéis logrado introducir en mi ánimo, y destroza mi corazón.

¡Ay de mí! ¡que siento tan dulce, tan inmenso amor por Felipe de Mendoza, como aborrezco y abomino á García del Pilar, al cual creía no conocer!

¡No, por piedad, no me hagáis mal alguno!

¿Qué podéis temer de mí?

Pobre y abandonada niña soy; tened compasión de mí. Si os estorbo, si no queréis acompañarme dejadme salir de esta casa.

Sola me encaminaré á la ciudad y Dios me protegerá.

Dejadme salir y os juro no guardaros rencor alguno.

Si queréis que os olvide como si no os hubiese conocido, yo os juro que así lo haré.

¡Ante nadie os nombraré!

Ante nadie haré memoria de cuanto aquí ha pasado esta noche.

Pero dejadme partir.

¡Tengo miedo!

Dejadme partir en busca del único amigo y protector que Dios me ha deparado.

Quizás no habrá muerto, quizás Dios no haya querido que muera.

Tal vez ese protector á que me refiero es amigo vuestro.

El también es enemigo de los oidores y de García del Pilar.

Quizás con vosotros toma parte en vuestros mismos planes, y podrías ofenderle ofendiéndome á mí, que le amo y soy amada por él.

Voy á deciros su nombre y sin duda que vais á oír el de un amigo y partidario.

Se llama, oídme bien, se llama Hernán López.

—¡Hernán López!—repitió Angulo.

—¡El amante mal correspondido de la joven Esperanza Ponce!—añadió riendo Colmillo:—joven, decid algo más creíble, porque Hernán López no puede amar á la hija del autor de sus desdichas, porque, sabedlo si no lo sabéis; el mismo García del Pilar que os ha vendido á Delgadillo, en cambio tal vez de nuevos honores ó rique-

zas de que nunca se sacia, es quien quitó á Hernán López á su amada Esperanza para entregarla en brazos del lujurioso oidor.

—¡Oh! mentís,—exclamó la joven con energía,—Hernán López no puede haber fingido hacia mí un amor que yo he correspondido y correspondo con toda la fuerza de mi alma.

Colmillo volvió á reír estruendosamente y replicó:

—¡Calla! ¡ya dí con el enigma!

Sí, no hay duda; Hernán López ha sabido vengarse de García del Pilar, como los males que de él había recibido lo exigían.

¡Por Lucifer! claro lo veo como la luz del día.

¡Já! ¡já! ¡já!

Sí, eso es: diestro y consumado galanteador, ha conseguido enamorar perdidamente á la hija de su enemigo y deshonra por deshonra ha vengado á la amante en la hija del infame tercero de Delgadillo.

¡Bien por Hernán López!

¡Já! ¡já! ¡já!

Sí, joven tenéis razón.

Hernán López es un buen amigo y partidario nuestro y más le quiero ahora puesto que veo de cuánto y cuán superior ingenio hace uso en sus venganzas.

Pero esta es una razón más para que yo no os conceda la libertad que deseáis.

Tal vez vuestro padre García del Pilar, por tal de evitar que cayeseis en brazos de Hernán López os echó en los de Delgadillo, pero nosotros lo hemos estorbado y pura os hemos sacado de ellos para guardaros para los de Hernán López.

Tranquilizaos, amable niña: puesto que amáis tanto

como decís á Hernán López, aun podréis ser muy feliz con él.

Yo os prometo que mañana os le traeré para que le deis el premio que su pasión por vos merece.

Concluyó Colmillo su serie de atroces é indignos insultos, con una nueva carcajada más sardónica y estúpida que las anteriores.

María de Mendoza nada contestó

Aterrada con aquellas revelaciones que su corazón le aseguraba ser ciertas, corrió á esconderse en un rincón de la sala de la taberna, y allí dejándose caer de rodillas y ocultando el hermoso rostro entre las delicadas manos, dióse á llorar amargamente y sin reserva, repitiendo con infantil candor.

—¡Ay de tí! ¡pobre María! ¡Pobre María! ¡ay de tí!

Capítulo V

Hernán y García

QUÉRDIMOS de vista á Delgadillo en el momento en que, jinete en el caballo por García del Pilar extraído de sus cuabras, el lastimado bruto salía como flecha disparado, sin que el oidor pudiese gobernarlo, pues rotas habían quedado las riendas entre las manos del supuesto D. Felipe de Mendoza.

Delgadillo hizo cuanto pudo para dominar á su cabalgadura, pero nada logró conseguir, y quizás aquella noche hubiera sido la última de su vida si su caballo no hubiese al fin sucumbido al dolor y la fatiga que le hicieron caer en tierra.

Estaba casi á las puertas de México.

Separábanle de ellas apenas unas mil quinientas varas, y á salvarlas á pié comenzó con tanta mayor preseteza, cuanto que otro jinete le seguía con intención manifiesta de alcanzarle, pues gritándole por su nombre le incitaba á detenerse.

No dudó Delgadillo que su perseguidor fuese alguno de sus asaltantes en la taberna de Colmillo, que disponían de los buenos caballos por él y sus agentes abandonados, y aumentaron sus alarmas al reconocer en las voces de su perseguidor á Hernán López, á quien García del Pilar acababa no hacía mucho de acusar como autor de una emboscada tendida al oidor.

Éste que en pocas ocasiones sentía flaquear su entereza de ánimo, casi la perdió en aquélla, pero rehaciéndose cuanto pudo, desenvainó la espada y se resolvió en en último estrecho á morir matando.

Ninguna necesidad tuvo, sin embargo, de exponer su vida.

Hernán López tranquilizó bien pronto á Delgadillo, y éste dejó de ver en él á un enemigo.

El vengativo y decepcionado amante de Esperanza Ponce, no venía de la venta ó posada de Colmillo.

Saliendo de México habíase cruzado en el camino con el oidor que no pudo verle ni escuchar sus voces, preocupado con el enorme riesgo que corrió en su desbocado caballo.

Hernán, aunque volvió grupa en seguimiento de Delgadillo, no consiguió alcanzarle: tan vertiginoso fué el escape del herido animal.

Hechas las consiguientes explicaciones por una y otra parte, la conversación continuó del siguiente modo, siendo Hernán quien preguntó:

—¿Estáis en efecto seguro de que ellos eran?

—Repito que sí lo estoy, y puedo jurarte que ellos son, á no ser que haya en la tierra otro García de Llerena y otro Cristóbal de Angulo.

Además ya se me había dicho que uno y otro se ha-

bían ofrecido al *electo* y á los padres franciscanos á concluir conmigo y todos los míos.

No quise dar importancia á esta denuncia, porque no entendieran el *electo* y los frailes que me inspiran temor alguno, máxime cuando á la vez se me informó de que el *electo* no daba su aprobación al criminal proyecto de Angulo y Llerena, y que con el propósito de impedirlo, habiales mandado retraerse en San Francisco, en calidad de presos por antiguos delitos que uno y otro han cometido.

Pero vive Dios, que ó yo pierdo mi nombre, ó no han de quedarles ganas de volver á acometerme como esta noche lo han hecho.

Por lo pronto, García de Llerena está sin duda mal herido, pues le disparé un balazo, que le tendió en tierra tan largo como es.

Mucho me temo no haberle matado, pues disparé sobre él sin puntería y á la casualidad, pero tanto Llerena como Angulo han de volver á su retraimiento, y de él los sacaré, pésele á quien le pese, y tras de una tanda de tormento que les aplicaré, haré que les corten las cabezas, lo cual es un gran remedio contra traidores y asesinos.

Para esa fiesta te convidó, y mientras tanto vé como me cedas tu caballo, y en él me ayudas á montar, pues sin tu ayuda juzgo qui ni aun moverme podré.

—¿Os sentís herido?

—No por cierto, pero en su caída ese maldito caballo ha sacado de su lugar todos mis huesos.

Todo el cuerpo me duele como si medio mundo se me hubiese venido encima y aplastado.

Pero contra todo lo que de su energía podía esperarse

Delgadillo no pudo dar ni un paso, y dió en cambio dos atroces gritos de dolor.

—¡Cuerpo de Dios! creo que tengo roto por mitad el espinazo.

Aguarda, aguarda un momento á que este calambre me pase.

Así, así, déjame que un rato me siente.

¡Ira de Dios! vaya una aventura que me has hecho correr.

Estoy molido, completamente molido, y la dama se me ha ido de las manos más pura y limpia que una paloma, que es el emblema de la pureza.

¿Lo creerás, Hernán López? ni un beso ni un abrazo siquiera.

¡No te rías, maldito!

No te digo más que la pura verdad.

Precisamente por aquí esperé á mis dos hombres que me entregaron á la preciosa amante de García del Pilar, la cual, según es uso y costumbre de mujeres en ocasiones tales, habíase desmayado.

Y á propósito.

¿A que no sabes lo que de decirme acaba Pilar, al cual más atrás dejé á pié y dado á todos los demonios?

Pues díjome nada menos sino que la tal dama es su hija.

—Pues no os ha engañado: acabo de saber que en efecto lo es:—replicó Hernán López.

—¡Diablo!—exclamó Delgadillo,—en tal caso hemos cometido una torpeza, de la cual sinceramente me arrepiento.

Vas á reírte de mí; pero contra todo lo que los galanteadores de oficio piensan, no me gusta abusar de jóvenes doncellas.

Créelo, me inspiran lástima y á ello debetu amada Esperanza Ponce, que yo la haya respetado esta misma noche, y cuando más fácil hubiérame sido abusar de ella.

—¡Será posible!—exclamó Hernán López con un apremio que claramente indicaba la alegría con que de tal nueva se enteraba.

—¡Ah bribón! dijo el oidor con buen agrado,—veo que la noticia te contenta, y como un bien del cielo la recibes.

Pues sí; es la verdad: gustoso te hago esta confesión, que bien merecido tienes tu afecto hacia mí, y tu magnanimidad en no vengarte de mí, ahora que me ves maltratado y casi indefenso entre tus manos.

Te lo juro, tu Esperanza es aun digna de ti.

Si otra cosa te di á suponer, fué en primer lugar porque ningún temor me ponían tus odios, y en segundo por no pasar por un estudiante cobarde y poco resuelto.

Pero, lo repito; tu Esperanza es digna de ti; y antes de que me venza la pasión que ha comenzado á inspirarme, quiero renunciar á ella y devolvértela si aun la amas.

Y como á lo que parece mi molimiento de huesos ha disminuído en intensidad, ayúdame á montar en tu caballo, y déjame volver á México; del cual casi toda la noche he estado ausente.

Hernán López no acertó á contestar ni una palabra: la relación del oidor habíale hecho caer en una especie de sopor ó embriaguez de felicidad.

Casi no supo ni cómo le ayudó á montar su caballo, ni cuándo se alejó de él, ni lo que por su ánimo pasaba.

De su abstracción vino á sacarle pasado mucho rato una mano, que se puso sobre uno de sus hombros á la vez que llegaban á su oído estas palabras:

—¡Hernán López, eres un miserable!

El así insultado, volviéndose á mirar al insultador, y un grito de horror se escapó de sus labios.

—¿Eres tú, Pilar?—exclamó.

—¡Sí, yo, yo soy! ¡miserable y mil veces miserable!—respondió Pilar sollozando de ira y desesperación.

Hernán López sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento de horror.

Lucía ya en el cielo la primera luz de la mañana.

A sus fulgores Hernán López vió á Pilar desarmado y cubierto de sangre, y con todas sus ropas desgarradas.

—Hé aquí,—exclamó Pilar,—¡cómo tus secuaces me han puesto!

Concluye tú su obra, ya que la fatalidad á tí me ha traído.

Ya lo ves: estoy desarmado.

Tú en cambio mantienes en tu diestra la espada desnuda.

Clávala de una vez en mi corazón, y arráncame la poca vida que me queda.

Arráncamela, sí; tal vez me haces un bien porque padezco lo que no es decible.

Mátame; porque si no lo haces, si de mi estado actual llego á salir, si algún día vuelven á mí las fuerzas de que al presente carezco, yo te lo juro por mi hija, víctima de tus infamias, emplearé mi vida en exterminarte á tí, y contigo á todos los tuyos, así tenga que ir á buscarlos á las mismas entrañas de la tierra.

Si esto quieres evitar, lo repito, Hernán López, ¡apre-

súrate á matarme, porque lo que sufriendo estoy no es para padecido por hombre alguno!

—No haré tal,—contestó Hernán López conmovido.

Otro soy de lo que era.

—Mi odio hacia tí hase tornado en compasión.

¡No quiero ya que seas desgraciado!

Esta misma noche concerté y procuré tu infortunio, dime lo que para conjurarlo puedo hacer aún, y me verás hacerlo como si de mi propio bien se tratase.

Aun puedo ser feliz y quiero que tú lo seas, que todo el mundo lo sea.

Habla, Pilar, habla.

¿Qué puedo hacer aún por tí?

—¡Nada, ya es tarde!—contestó Pilar ahogado por los sollozos.

¿Qué había pasado?

¿Quién á estado tal pudo haber reducido al pérfido agente del oidor Delgadillo?

Esto es lo que nuestros lectores van á saber en el siguiente capítulo.